

LA SUMA DE LOS CEROS

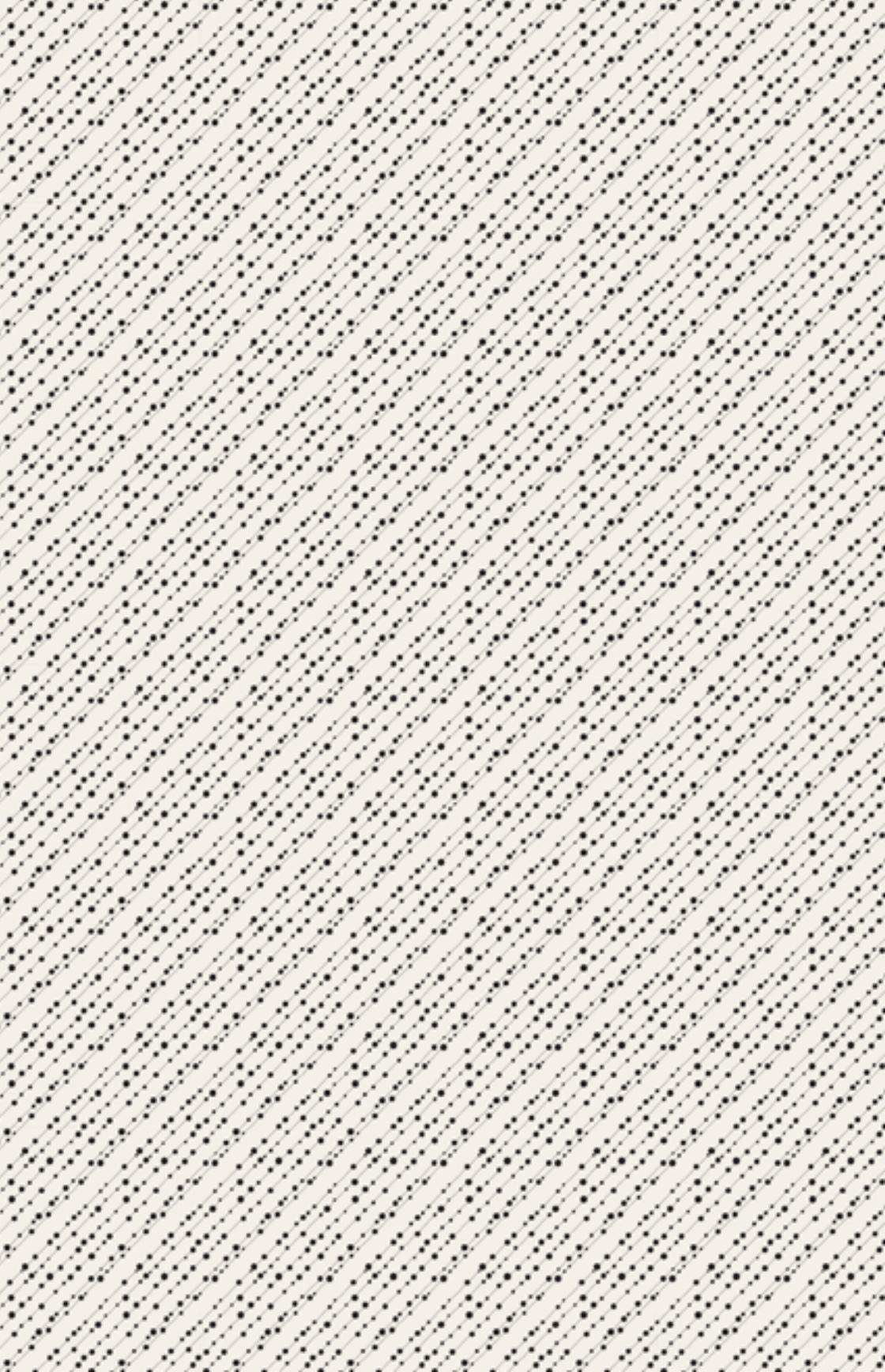


Eduardo
Rabasa



*Walking like giant cranes and
With my x-ray eyes I strip you naked
In a tight little world and are you on the list?
Stepford wives who are we to complain?
Investments and deals investments and deals
Cold wives and mistresses
Cold wives and Sunday papers.
City boys in first class
Don't know they're born little
Someone else is gonna come and clean it up
Born and raised for the job
Someone always does
I wish you'd get up get over get up get over
Turn your tape off.*

Radiohead





**La suma
de los ceros**

Eduardo
Rabasa

Rabasa, Eduardo La suma de los ceros.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
EGodot Argentina, 2015. 320 p. ; 15x23 cm.
ISBN 978-987-3847-37-0

1. Narrativa Mexicana. 2. Novela. I. Título
CDD M863

La suma de los ceros

Eduardo Rabasa

Corrección

Hernán López Winne

Ilustración de tapa

Juan Pablo Martínez Spezza

Diseño de interiores

Víctor Malumíán

Eduardo Rabasa ©

Ediciones Godot ©

www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar
Buenos Aires, Argentina, 2016
[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)
[Twitter.com/EdicionesGodot](https://www.twitter.com/EdicionesGodot)

Impreso en Color EFE, Paso 192,
Avellaneda, República Argentina,
en mayo de 2016

Para Izara

PRIMERA PARTE

Y O SOLO QUERÍA SER otro de los cobardes invisibles, se lamentó en silencio Max Michels conforme una gota de sangre escurría por su cuello recién rasurado. Casi sin advertirlo, había postergado hasta el límite la decisión recién tomada, que ahora le parecía tan inesperada como irrevocable. Estaba por transgredir la regla cardinal de Villa Miserias: se registraría en la elección para presidente de colonos sin el consentimiento de Selon Perdumes.

Con el impulso de un resorte oxidado que despierta con violencia, se materializó el recuerdo de la época anterior a su llegada. Max recordaba con nitidez el principal elemento del día en que comenzaron las obras de modernización: el júbilo causado por el polvo. No faltaron quienes inhalaban gustosos las primeras partículas de lo venidero. Pobres diablos, pensaba Max ahora. El polvo ya nunca se esfumó: Villa Miserias permanecería en obra perpetua.

Entonces como ahora, Villa Miserias funcionaba como reloj, aunque el modelo era del todo distinto. Cada dos años había elecciones para presidente del consejo de la unidad habitacional. Durante once días, los vecinos eran bombardeados por circulares propagandísticas. Las damas más distinguidas recibían chocolates

y flores. Las de menor rango debían conformarse con paquetes de arroz y frijoles. En esencia, cada candidato peleaba por convencer a sus votantes de ser el idóneo para no alterar en absoluto el orden existente. Existía incluso un prototipo físico de las autoridades, que abarcaba por igual a gordos, chaparros y calvos. Era un porte, una mirada que emitía una voz maleable. No existía fricción entre las propuestas de campaña y el estado de cosas cotidiano.

Los cimientos de Villa Miserias se amoldaban a la doctrina básica de Selon Perdumes: el quietismo en movimiento. Sus cuarenta y nueve edificios se construyeron según una técnica ingenieril diseñada para permitir la sacudida pero evitar el derrumbe. La mancha urbana a la que pertenecía era propensa a temblores mortíferos. El andamiaje flexible de la unidad habitacional había prevenido la catástrofe más de una vez.

En la época previa a las reformas todos los departamentos eran idénticos; ahora eran de una desigualdad simétrica. Diez en total, distribuidos en proporción inversa al piso correspondiente. En términos generales, la demografía también se ajustaba a lo previsto: en los minúsculos departamentos inferiores convivían familias de múltiples generaciones humanas y animales. En cambio, el penthouse solía estar ocupado por jóvenes ejecutivos, con o sin esposa e hijos. A cambio de sus privilegios sufrían el bamboleo del edificio, ocasionado incluso por el pasar de los autobuses en la avenida que bordeaba el conjunto. Un observador con una vista panorámica durante el sismo que redujo a escombros a la unidad contigua definió el espectáculo como un vals bailado por colosos de concreto flexible.

Perdumes se complacía ante el improbable equilibrio de ingeniería social alcanzado. Su conversión en prohombre de Villa Miserias fue un proceso gradual. Había llegado como un hombre de negocios de orígenes y ocupación misteriosos. Cada interlocutor escuchaba una explicación tan vaga como distinta. Para hacerse una idea precisa de su carácter, basta con decir que hasta la fecha era plausible pensar que todas fueran ciertas.

Se instaló en el departamento 4B del edificio 10. Ofreció pagar un año por adelantado a la dueña, la viuda Inocencia Roca, a cambio

de un descuento sustancial en la renta. Los habitantes de Villa Misericordias eran herederos de una tradición afecta al trueque. No estaban preparados para los flashazos verdes de Selon Perdumes. La señora Roca ignoraba que pronto estaría escriturándole el departamento.

Desde entonces se lo veía poco; nunca más de lo necesario. Para presentarse con sus vecinos, los invitó por separado a tomar un café de bienvenida. Era encantador en el sentido más camaleónico del término. Sus ojos eran del gris que puede interpretarse como azul o como verde. Adivinaba los temores más recónditos de cada uno. Tenía un don prodigioso para dar solidez a las fantasías, ofreciendo después el financiamiento necesario para volverlas reales. El impago calculado de un porcentaje de sus acreedores le producía un gran beneplácito, pues la usura que él perseguía era de una especie distinta. A cambio de la posibilidad de fracasar buscaba obtener lealtades y secretos. Como dentista experto que extrae la muela sin que el paciente anestesiado lo advierta, su magnetismo atraía confesiones para conocer a las personas según sus debilidades.

La joven pareja del 4A se convirtió en uno de los primeros experimentos de su laboratorio. Tras una plática informal, Perdumes notó la tensión inherente a la diferencia de orígenes. Él era contador público como su padre. Ella había estudiado literatura en la universidad pública gracias al negocio familiar de paletas heladas. Él llevaba dos años estancado en su puesto de un despacho fiscal. Ella era la asistente de un académico de imponente erudición.

Perdumes les explicó que para los relamidos la apariencia lo era todo. Envolviéndolo con el destello de su sonrisa de cal, le explicó al muchacho que debía cambiar su viejo coche y comprarse un reloj nuevo. Sí, pero eso era imposible, apenas tenían lo justo para la hipoteca... Con la mirada gacha, ella contó que su madre la ayudaba a pagar sus clases de pintura. ¡Maravilloso! No os preocupéis, respondió la sonrisa de Perdumes. Yo les presto lo necesario y me lo pagan poco a poco. Era un maestro en el manejo de los silencios. Sin moverse de su sitio, su presencia perdió gravedad mientras la pareja decidía. Claro que se lo pagaríamos lo antes posible. Es solo un empujón... ¡Fantástico chicos! No hay problema. ¿Quieren más café?

Por casualidad también sabía que un grupo de señoras del edificio estaban interesadas en formar un grupo de lectura. ¿Por qué no se encargaba ella de organizarlo? Esta vez el silencio fue más efímero. Los ojos de la chica se afilaron. Su marido vio una expresión ausente desde largo tiempo. ¡Fenomenal! No se diga más. ¿Me disculpan un momento?

En pocas semanas todo era distinto. Él se movía en su modesto coche nuevo. Consultaba cada tanto la hora en su elegante reloj casual. Ella escuchaba todas las semanas a las tres señoras embadurnadas, que hablaban de cualquier cosa menos de los libros que hojeaban por encima. Los dueños del despacho notaron el cambio y empezaron a saludar de mano al joven. En una ocasión lo invitaron a comer en la fonda contigua a la oficina. Ella pudo pagarse sus clases de pintura mientras duró el subsidio clandestino de Perdumes a las señoras del taller. La pareja se presentaba radiante cada fin de mes a pagarle el abono.

Para explicar su teoría del secreto, Perdumes lo asemejaba a las bolsas de terciopelo rojo reversibles que utilizan los magos. El primer paso consiste en mostrar al público el doble hueco. Ahí no se esconde nada. Sin embargo, el truco consiste en meter la mano en el lugar adecuado. Hay secretos inocentes como conejos blancos. Son los menos. Luego vienen los secretos vergonzosos, manchas de aceite que se pueden eliminar con algo de esfuerzo. Conforme refinó sus técnicas de extracción, Perdumes se interesó en los secretos que solo se invocarían en una sesión de magia negra. Son erizos que lastiman por el puro hecho de existir: la menor sacudida lacera al alma donde viven enterrados.

En una ocasión, Perdumes notó que a la marca de los tenis de un pequeño vecinito le sobraba una A y le faltaba una E. Al sentir el destello de la sonrisa de cal escudriñando sus zapatos, el pequeño Jorge supo que había sido descubierto. Le armó a su madre una rabieta de una semana, que solo amainó cuando llegó a su casa una caja con un par de la marca auténtica. Estaba también la anciana del 4B que rellenaba con agua del grifo los frascos de agua bendita para purificar a sus nietos los domingos. O el burócrata avejentado del 2C que se ufanaba del maltrato a los empleados de limpieza de Villa Miserias: «Prefiero arrear al burro que tener que cargar yo».

El ejército de agujas mironas de Perdumes se sustentaba en un elemento ancestral: el chisme. Con ganarse un poco de su confianza, Perdumes accedía a lo que unos sabían, intuían o inventaban de los otros. Era una impúdica nivelación hacia abajo: los trapos sucios ajenos escondían a los propios hasta crear un amasijo de jergas pestilentes, exclamando juntas en un grito ahogado: «Muy en el fondo todos somos un asco, así que no hay nada de que preocuparse». Era irrelevante que lo oscuro fuera una invención. Lo importante era la percepción y sus enredados niveles. Todos ocultaban cosas. Los demás se enteraban. El chisme cobraba vida, esparciéndose como un virus que por naturaleza mutara con cada nuevo contagio. Los intentos de desmentir los chismes engendraban otros nuevos, más venenosos. Con los gestos más sencillos, Perdumes comunicaba que él *sabía* eso que nadie más debía saber.

Al poco tiempo de su llegada había elaborado un sistema de correspondencias tejido a partir de rumores e infundios. Ya fuera por agradecimiento, respeto o temor, los inquilinos de su edificio lo adoraban: todas las decisiones colectivas pasaban por él. Su mente infatigable procesó la situación hasta encontrar los dos pilares del quietismo en movimiento: las teorías del sable y de la bolsita de té.

La primera descansaba sobre el equilibrio de lo desigual, característica distintiva de los buenos sables. Lo que corta es la hoja pero es el mango quien manda. En los sables reservados a los samuráis, para obtener el equilibrio horizontal es preciso colocar el dedo extendido en la juntura entre mango y hoja. Con que el dedo se cargue un poco hacia la hoja, el mayor peso del mango se pronuncia y vence. De ahí la máxima perdumesiana: a la carne de cañón le conviene que se respete la jerarquía de quien la empuña. Hasta aquí la parte del quietismo.

El movimiento provenía de la bolsita de té. Perdumes vertía ceremoniosamente el agua de su antigua vasija de porcelana en una taza blanca. Sacaba con lentitud al té de su envoltura, permitiendo que los demás constataran la transparencia absoluta del agua. A un ángulo de noventa grados, introducía poco a poco la bolsita en la taza. Al principio no sucedía nada. Cuando el té no soportaba más la quemazón, exudaba un hilito negruzco que comenzaba a

esparcirse. Perdumes lo acentuaba con una serie de tirones hacia arriba. El té pintaba con armonía en todas las direcciones, hasta que la mezcla era la justa. En cambio, si se agita la bolsita sin ton ni son, ¿qué ocurre?, preguntaba de manera retórica. Podrán pensar que lo mismo, respondía veloz, pero el té revuelto es corrosivo y no sabe igual. El movimiento es necesario, solo que todo a su tiempo y en su lugar.

Tras la conquista informal de su edificio, los soldados rasos de Perdumes salieron a esparcir el mensaje. Empezaron a proliferar los sables de segunda mano. Otros inquilinos fabricaban los suyos con materiales que los asemejaban a garrotes puntiagudos, produciendo una epidemia de sillas cojas. El té se sustituyó a menudo por otras hierbas: el toloache se esparcía como un plasma que encapsulara lentamente al agua hirviente. A fin de cuentas, nadie podía explicar con precisión de qué se hablaba: el quietismo en movimiento había nacido. Cuando un par de universitarios desaliñados tocaron a su puerta para increparlo, Perdumes supo que la conquista espiritual estaba consumada. Era tiempo de pasar a la acción.

2

Para qué chingados me rasuré si me ha dicho que le gusto más con algo de barba, se reprochó Max Michels sin conseguir apartarse del espejo. ¿Seguro que dijo eso? Mierda, creo que sí. No es tan grave, en pocos días vuelve a salir. ¿En pocos días? Como si te quedara mucho tiempo pendejito. Ya veremos cuánto tiempo queda. Ahora las cosas van a ser distintas. ¿Eso piensas? Si tú lo dices. Buena suerte con el resto.

A estas alturas, había aprendido que para escapar a los muchos que habitaban su cabeza lo mejor era buscar una zona de consenso. Esos parajes yermos le otorgaban una amarga compostura, así que prefería zambullirse en el repaso de sucesos que explicaban su actual encrucijada.

Regresó al momento en que la presidencia de Villa Miserias se transmitía mediante un procedimiento tan opaco como el entorno:

el saliente realizaba una consulta con las familias de mayor tradición. La sucesión era aburrida de tan automática.

Selon Perdumes había pasado a formar parte de los notables con derecho a opinión. La estrategia que ideó para comenzar el viraje fue simple: primero dio su bendición al delfín en turno. Jamás se supo si fue ayudado por la suerte o por un cálculo quirúrgico, pero el candidato era Epifanio Buenaventura, futuro heredero de los edificios 19 y 17. Por protocolo, había que esperar el plazo estipulado para el cierre de candidaturas. El último día, una candidata inverosímil presentó su registro. Se trataba de Orquídea López, una mujer recién entrada en los treinta. Tras una escaramuza con ideas radicales en proceso de deslave, las cuentas por pagar de la vida cotidiana la habían convertido en asalariada pública. Orquídea era lo más cercano a la disidencia que se hubiera conocido en Villa Miserias: todos presumían su culpabilidad en la oleada de insignias arrancadas a los coches más elegantes de la unidad. Con el tiempo, su furor revolucionario se extinguió conforme sus camaradas cambiaron la idea de los fusiles por los trajes de almidón y las cubas de los viernes. Orquídea terminó por decepcionarse cuando el más extremista del clan se dio de alta ante el fisco: a partir de ese momento se convirtió en un recipiente en busca del contenido que lo definiera. Transitó fugazmente por posturas místicas en boga, pero la realidad personal irrumpía siempre con su álgebra irrefutable. El quietismo en movimiento la sedujo por el lado de su desengaño: le parecía que atomizaba el peso de la vida en sociedad hasta depositarlo en el individuo. Orquídea estaba cansada de las vestimentas morales que no encajaban con las dimensiones concretas del ser humano.

Lo paradójico es que no provenía de los estratos que arrancan la carrera a la mitad de la pista. Por lo mismo, se aferraba con tesón a cada nuevo peldaño conquistado. No se le escapaba ninguna transformación ajena: los cambios de imagen, la llegada de muebles nuevos, el derroche en las fiestas de quince años, los abandonos por una pareja más joven. Incluso lo lejano le resultaba una afrenta. ¿Por qué si a ella le había costado tanto los otros lo tenían tan fácil? ¿Por qué todos pagaban la misma cuota de mantenimiento si no recibían lo mismo a cambio? Los que vivían más cerca de la caseta

de vigilancia estaban más protegidos; en cambio otros padecían con mayor vigor el mal olor de la basura acumulada. Cada mes repetía variaciones de su queja en la oficina de la administración.

Cuando al vecino de abajo le perdonaron los intereses moratorios con tal de que pagara su adeudo, Perdumes tuvo que conducirla a su departamento para intentar tranquilizarla. Por supuesto que tenía la razón. Lo más frustrante era que los demás estuvieran cegados por un conformismo sentimental. ¿Había visto el deterioro paulatino de Villa Miserias? Ay sí, don Selon, pero esa chusma tiene lo que se merece. ¡Estupendo! Aunque tampoco es culpa de ellos Orquídea. No conocen otra cosa. Ay ya lo sé, pero entonces, ¿qué hago? ¿Me quedo cruzada de brazos? No, desde luego que no Orquídea. Pero las rupturas violentas son malas para todos. No lo olvide, son malas para todos. ¿Me disculpa un momento?

Perdumes regresó con su sable y su vasija de porcelana para explicarle los pormenores del quietismo en movimiento. Lo primero es que hay que partir de una aceptación real de cómo somos, y no de cómo nos gustaría ser. Si la desigualdad es inevitable, ¿por qué no la aceptamos como punto de partida? Ay no sé, don Selon, ¿dónde deja a los que empezamos desde abajo? ¡Soberbio! Hacia allá vamos Orquídea. Para eso traje mi jarrita. Como usted bien sabe, los que se esfuerzan terminan por obtener su recompensa. Por desgracia, siempre son los menos, y no es justo que los demás tengan lo mismo nomás porque sí. A ver, le voy a hacer una pregunta: ¿A usted no le sirve ver a los vecinos presumidos que se van de crucero? Todos sabemos que ver a los de arriba nos ayuda para querer ser mejores. Si la zanahoria está al alcance del caballo, la bestia ya no camina. El problema es que hay quienes piensan que todos son purasangre por decreto.

La conversión de Orquídea se demoró unas semanas. Lentamente, la discusión fue tendiendo hacia asuntos específicos. De pronto, Perdumes soltó la pregunta con un aire indiferente: ¿Por qué no se registra para la elección Orquídea? Híjole, don Selon, ¿pues cuál elección? Si ya sabemos que los de siempre nombran al que sigue. ¡Extraordinario! Es verdad, pero eso es solo porque lo hemos permitido Orquídea. ¿Usted conoce el reglamento de Villa Miserias? Yo sí. Si hay más de un candidato registrado se organizan elecciones. Ay sí,

¿y entonces por qué nunca ha sucedido, don Selon? ¡Sublime! Pues por lo mismo que hemos hablado tantas veces Orquídea, pero yo creo que cada vez más inquilinos quieren despertarse. Además, ¿ya vio a quién registraron ahora? Pus sí, al lelo de Epifanio Buenaventura, que ni siquiera puede hablar bien. ¡Increíble! ¿No le digo Orquídea? Usted está lista para hacer algo. Si me permite la confianza, más que una elección, yo creo que es un deber.

El joven dependiente de la oficina de administración intuyó que algo andaba mal: Orquídea López no azotó la puerta de cristal bordeado por aluminio. Esta vez se deslizó hasta su escritorio y permaneció inmóvil, reglamento de Villa Miserias en mano, saboreando el instante previo a la emboscada. Tras hundir con la mirada en su silla a la víctima anunció su intención de registrarse como candidata. El incauto empezó a buscar alguna respuesta entre sus papeles desordenados. No se le ocurrió nada mejor que tomarle sus datos en una hoja en blanco, para ganar tiempo mientras consultaba con algún superior. Realizando un esfuerzo enorme por contener la risa, Orquídea lo obligó a entregarle una constancia sellada, que aún conservaba enmarcada en la sala de su departamento.

Tras el cierre de la oficina antes del horario regular, el joven telefoneó a su jefe para notificarle lo sucedido. Se convocó a una reunión de emergencia a la que asistió Selon Perdumes. La agitación le entorpecía más la lengua a Epifanio Buenaventura. El sudor perlaba los escasos pelos ladeados que se incrustaban en su coronilla. Suplicaba a su padre con una mueca que le permitiera abandonar la contienda. Nadie sabía muy bien qué decir. Se esforzaban por idear alguna estrategia para el triunfo de Epifanio, representante de la única manera de existir que conocían, pero cada frase suya los hundía en el mayor de los desánimos:

—Ez que yo no zé ni cómo ze haze ezo de una campaña.

La derrota era inevitable. El mismo Perdumes se compadeció de Buenaventura, por lo que procuró aliviar su calvario. Ahí se creó el reglamento que regiría en adelante la contienda política de Villa Miserias.

Reglamento para la elección de la presidencia de colonos de Villa Miserias:

1. Con el fin de importunar lo menos posible a los inquilinos de nuestra comunidad, las campañas electorales tendrán una duración máxima de once días.
2. Para garantizar un mínimo de equidad, se cobrará una cuota extraordinaria a todos los inquilinos, misma que habrá de repartirse entre los candidatos registrados.
3. Serán permitidas las aportaciones de particulares bajo las siguientes condiciones: el monto y la identidad del donante quedarán debidamente registrados por la administración en turno, misma que las resguardará bajo estricta confidencialidad, con el propósito de evitar que los distintos apoyos incidan en la opinión del electorado.
4. Cada edificio organizará su propia asamblea para determinar a qué candidato otorgar su voto. Los inquilinos no propietarios solo podrán participar mediante previa autorización por escrito del dueño del inmueble.
5. Cualquier controversia, caso no previsto, así como las sanciones correspondientes a la violación o incumplimiento de cualquiera de las normas estipuladas por el presente reglamento será resuelta por el consejo. Sus competencias en materia electoral serán dadas a conocer en su momento.

Durante la elaboración del documento se ventilaron diversas objeciones, que de inmediato eran atajadas por la sonrisa de cal de Selon Perdumes. ¿Quién va a querer pagar por un espectáculo molesto y carente de sustancia? El derecho de todos a decidir no tiene precio. ¿Por qué los que rentan son de segunda? Los propietarios tienen una visión más apropiada para proteger lo que en realidad es de todos. ¿Qué compra el dinero privado? Es solo un apoyo para

la transmisión de un mensaje. Las conciencias de los inquilinos no están en venta. ¿Cuándo vamos a fijar las reglas para la intervención del consejo? ¿Me disculpan un momento? La lectura pública del documento aplanó las dudas como un chorro de agua que termina por sepultar a la araña en el remolino. Los semblantes reflejaban una satisfecha gravedad: intuían que habían creado algo trascendente en sí mismo. Nadie en su sano juicio podría atreverse a cuestionarlo. Epifanio Buenaventura adquirió un arrojo inusitado:

—Zí podemos convencerlos de que zoy la mejor opzión, ¿verdad que zí?

Selon Perdumes mantenía guardada la sonrisa de cal. Al quietismo en movimiento acababa de salirle su primer diente.

4

Tras comprobar una vez más que ya no quedaba ninguna bolsa de té en la caja, Max Michels osciló entre despedazarla por su insolencia o cerciorarse de que en efecto se encontraba solo en el departamento. Te salvaste nomás porque se le hizo tarde pinche putito. ¿Te imaginas si llega a descubrir que ya no hay té para acompañar su desayuno? Mejor córrele a comprar otra caja antes de ir a consumir tu pendejada de ser candidato. Yo tengo cosas que hacer, que compre ella su chingado té si tanto le gusta. Uy, qué huevotes tienes cuando no está enfrente. A ver si es cierto hoy que llegue la noche.

En un nivel por el momento reservado para aquello que entendía como su sí mismo, Max se preguntó si no estaba a punto de sumarse a la lista de Epifanios Buenaventura precedentes. Si lo pensaba con cuidado, registrarse para la elección era un acto de gran soberbia. ¿Qué esperaba obtener con ello? Antes de verse obligado a concluir que lo que buscaba se encontraba en otra parte, prefirió dar por concluido su monólogo interior. Mejor quedarse con la desgracia de Epifanio que vislumbrarse convertido en él.

Los inquilinos de Villa Miserias acogieron con indiferencia la noticia de la reforma electoral. Pocos mostraron inclinación a dar seguimiento puntual al espectáculo, pero pronto quedó claro que

eso era una ventaja para los candidatos. Hasta Buenaventura y su equipo comprendieron que casi nadie tenía los elementos básicos para formarse una opinión con fundamentos: el reto consistía en aprender a hablar el dialecto de las vísceras.

Aunque la contienda inicial estaba decidida por razones evidentes, Orquídea remató a su contrincante con un discurso que si bien era más abstracto también timbraba las cuerdas más simples. A diferencia de Epifanio, cuyas proclamas prometían el desatasco de las tuberías y más áreas verdes para los niños, Orquídea esbozó el contorno poroso de una nueva vida: la que cada cual se mereciera. Se pasó una noche entera reacomodando uno de los mantras de su pasado. Con los mismos elementos esenciales, le dio un giro dirigido a las aspiraciones adormecidas de su electorado:

*porque las necesidades son dictadas
por las capacidades*
vota por orquídea lópez

Cada hogar de Villa Miserias recibió un folleto propagandístico de Orquídea López, donde en esencia les preguntaba a los inquilinos por qué su destino debía pasar por las aspiraciones de los otros. Para ilustrarlo utilizaba el ejemplo de Chona, la anciana del edificio 23 que vivía para sus canarios con una pútrida pensión. El panfleto de Orquídea demostraba que si el medidor de agua no fuera comunal, Chona podría pintar las jaulas oxidadas de su única compañía en la vida, así como comprarles un alimento especial para que reluciera su plumaje. Tampoco se valía que pagara lo mismo por la compostura de la puerta del edificio cuando era claro que la usaba menos que las familias vecinas.

Como alumna aventajada de Selon Perdumes, Orquídea recurrió a la tradición del relato para afianzar su mensaje: en el reverso de su panfleto contaba su versión personal de una fábula donde quedaban claros los beneficios de que un todo jamás fuera otra cosa que la suma disgregada de sus partes. Explicaba a los inquilinos que su autor fue uno de los primeros en advertir el gran error de decir a los hombres lo que deberían ser y no lo que son en realidad. Sin

embargo, la fábula necesitaba una puesta al día, pues la suya no era ya una época donde cupieran las inocentes abejitas. La nueva metáfora debía ser omnívora, luchar por su vida desde antes de salir propiamente al mundo, ser enemiga hasta de sus propios hermanos. Orquídea quedó fascinada al conocer el hábito de una criatura que se tiraba al suelo con los ojos en blanco y la lengua de fuera, inmóvil, simulando su muerte. Cuando su adversario se relajaba al darla por muerta, aprovechaba para huir. Sin la astucia no conseguía siquiera terminar de desarrollarse, pues la madre solo ofrecía comida y protección para dos terceras partes de cada camada, así que los críos menos aptos evitaban incluso la pena de arrastrar su insuficiencia por el mundo. Orquídea se sintió sobrecogida por un raptó de inspiración y puso el toque final a su panfleto electoral con una rapidez sorpresiva incluso para ella.

La fábula de los tlacuaches

En un nido de tlacuaches
No hay lugar para mapaches
Y aquel que no alcance pezón
Deberá bajarse el calzón

Las abejas que daban miel
Se han esfumado por la hiel
Los cuentos de lo brillante
Ya no sirven al maleante

¡Basta! No más sermones falsos
¿No ven bien que van descalzos?
¿Por qué querer el engaño?
Al brillo solo hace daño

¡Ah!: el vicio hace virtud
¡Fábulas de juventud!
El vicio trae más vicio
Miren por el orificio

No hay más rey que el individuo
El grupo huele a residuo
Sin trampa no hay competencia
¿Por qué asusta su presencia?

La ley protege a los pocos
Hay que prenderse los focos
Mejor ser de los testigos
Que juzgan a los mendigos

Cada persona en su lugar
Acumulando pa' su hogar
Bendigamos la pobreza
y su justicia, ¿cuál tristeza?

Si queremos seguridad
Olvidemos la gratuidad
Hay que romperles la madre
¿No saben quién es su padre?

Vota por mí, que yo soy tú

Los inquilinos estuvieron de acuerdo: era momento de dejar atrás los paternalismos. Cuarenta y cuatro edificios decidieron asumir la mayoría de edad. Orquídea López se convirtió en la primera presidenta electa por votación general.

El proceso dio origen a otra tradición folclórica. Juana Mecha llevaba años como jefa de limpieza de Villa Miserias. El ruido de su escoba de palos anunciaba de manera no oficial el comienzo de la jornada. Era tan regular que las madres sabían si iban tarde con sus hijos a la escuela por la posición que ocupara cuando salían del edificio. Juana Mecha tenía la particularidad de expresarse mediante máximas enigmáticas, por lo general ignoradas por sus interlocutores.

Para evitar los embotellamientos del transporte público, Orquídea acostumbraba llegar temprano a su oficina, así que salía la primera de todos. Su mecánico «Buenos días señora Mecha» era revirado a diario por una frase que le producía una risilla. En uno

de los días en que cavilaba sobre la sugerencia de registrarse como candidata, su saludo fue respondido por un dardo crítico: «Si se lava todo junto la ropa se destiñe». Orquídea pasó toda la mañana intentando descifrarlo. Cuando se decantó por una interpretación supo lo que haría. Se apresuró a comunicarle a Perdumes su aceptación del reto. Ignoraba que había inaugurado la costumbre de la consulta rigurosa al oráculo de uniforme beige.

5

Considerándolo en retrospectiva, Max Michels se daba cuenta de que el legado histórico de Orquídea López había sido primero el de obrar como palanca para dinamitar las estructuras existentes, y posteriormente ser una aplanadora un tanto ineficiente. Había alisado el camino para que Villa Miserias dejara de ser Villa Miserias y se convirtiera en Villa Miserias.

Durante su mandato se introdujo el reinado de la cantidad: la voluntad de contabilizarlo todo. Había prometido una justicia amoldada a las dimensiones específicas de cada cual. Para ello, se requería que los inquilinos proporcionaran la información para ser cuadrículados: las horas de sol recibidas por ventana; el número de minutos que pasaban sentados en las bancas comunales; la proximidad a las jardineras que purificaban el aire. Se creó un coeficiente para medir el beneficio individual de los servicios colectivos. Incluía variables como las veces que se levantaba la pluma para dejar pasar a los coches, las llamadas por el interfono para anunciar visitas e incluso el tiempo que permanecía sucia la entrada de cada edificio debido al orden en que se barría. Los inquilinos empezaron a verse unos a otros con cara de número. La premisa consistía en tasar el costo-beneficio de cada una de las almas que habitaban la unidad.

La otra gran herencia de Orquídea fue la transformación del aparato de seguridad. Los vigilantes acostumbraban cultivar la barriga viendo televisión en la caseta. Ni siquiera tenían que moverse de su asiento para levantar la pluma. Sus rondas por la unidad obedecían más a la necesidad de desentumecer las piernas. Orquídea

partió por uniformarlos y dotarlos de mejor equipo. Los ajustados trajes negros con boina incluida les daban un aire más cómico que intimidante. Hubo una moción para armarlos con pistolas, pero ni alcanzaba el dinero ni sabían utilizarlas. Se optó por el gas pimienta. La primera semana fueron a dar a la enfermería dos vigilantes con el rostro ardiendo por sus efectos, uno a causa de una broma pesada de un compañero y el otro por apuntar hacia el lado equivocado mientras probaba el alcance del dispositivo.

Pronto sorprendieron a dos ladronzuelos buscando robar un departamento del edificio 24. Las circunstancias eran de lo más sospechosas: se habían metido a plena luz del día, armados con un desarmador, apestaban a cemento y se quedaron atorados mientras intentaban fugarse por el ducto interno del cableado del edificio. Más que un arresto, pareció un rescate. Los tuvieron sentados durante horas a la vista de todos, rodeados por una patrulla del renovado escuadrón de seguridad. El juicio fue cercano a lo unánime: los inquilinos se sentían más seguros con la profesionalización de las fuerzas del orden.

Para conmemorar el final del mandato de Orquídea, Perdures le organizó una cena de despedida. Le hizo un regalo de agradecimiento encargado para la ocasión: era una escultura de bronce apoyada sobre una base de mármol. Llevaba una placa dorada con el nombre de Orquídea y el periodo. Mostraba a un hombre labrado con ambigüedad, inclinado hacia delante, en una posición de gran esfuerzo. Con ambas manos empujaba una enorme bola. El hombre proyectaba movimiento. La bola impasibilidad. Lo nuevo estaba lejos. Orquídea López fue el pistón encargado de poner en marcha el rodar hacia su encuentro.

Durante los siguientes periodos se delinearón con mayor precisión los contornos del ritual político de Villa Miserias. Mediante signos y lenguajes cifrados, Perdumes alentaba o frustraba aspiraciones. Indagaba lo más íntimo de las alternativas. Pronto quedó claro que la peor manera de participar era manifestar la intención de hacerlo. Los que se adelantaban eran destruidos con sutileza. Empezaban a circular rumores acerca de sus costumbres y proclividades: este dejaba varios días sin limpiar los orines de su perro en la sala; aquel había pedido dinero prestado a su suegra para injertarse cabellera. Nunca se propagaba lo más destructivo. Eran advertencias sobre lo que pasaría si no desistían. Había que llevar una vida plegada a lo adecuado; y simplemente esperar la señal precisa.

Se impuso una fórmula dicotómica. Su pluralidad se basaba en un eje móvil, situado más o menos a la mitad entre ambos candidatos. Por lo general, la contraposición era elemental: hombre-mujer, joven-viejo, guapo-feo. Se transmitía una impresión de diferencia. La realidad es que los siguientes bienios serían intercambiables con facilidad: la misma persona, encarnada en distintas presentaciones. La trayectoria del conjunto era constante.

Al final todos recibían la misma escultura, con una ligera adecuación. El terreno que pisaba la figura se inclinaba progresivamente y la bola avanzaba otro poco cada vez. Se trataba de generar la inercia suficiente para que caminara por sí sola, avasallando a su paso todo obstáculo encontrado en el camino.

El día en que decidió inscribirse como candidato, Max Michels se vestía con lentitud deliberada. Mientras buscaba sus calcetines por cada rincón del departamento, se topó con un grueso volumen empastado en piel sobre la mesa de su estudio. La noche anterior había estado consultándolo con dificultades para enfocarse en el contenido hasta bien entrada la madrugada. Sin importar

lo que dijera cada página, comenzaba a formarse la sombra de una silueta femenina que se aferraba al papel. Aunque Max buscaba sofocarla cambiando de página, cada una le aparecía idéntica a la anterior, y la silueta reunía nuevas fuerzas para regresar a torturarlo.

Concluyó su exhaustiva búsqueda al percatarse de que llevaba los calcetines en la mano. Al colocárselos, quiso volver al mundo de las sombras, pero una voz silenciosa se lo impidió de tajo: Ya cállate pendejo. Mejor apúrate antes de arrepentirte. ¿O qué, te faltan huevos?

No era momento de enfrentar a los muchos, así que optó por cobijarse en la continuación de lo que había rememorado para sí ya muchas veces. Sabía de sobra que el comienzo de la historia contemporánea de Villa Miserias lo marcaba el sacrificio de Severo Candenario, el único caso previo de un candidato que se registrara sin el consentimiento de Selon Perdumes. Se podría decir que todo lo sucedido con anterioridad consistió en la confección del altar, producida a dos niveles. Uno cosmético y visible, el otro profundo e intangible.

El primero consistió en la introducción de las modificaciones pertinentes. La mayoría de los edificios contaba ya con grupos de discusión sobre el quietismo en movimiento. Los más avezados lo habían llevado a niveles insospechados por su creador, sobre todo en cuanto a la precisión científica alcanzada. Para diferenciarse de otras tantas ideologías fallidas, lo invistieron con un dogma difícil de refutar: el matemático. Comprendieron que si se parte de los supuestos adecuados es posible demostrar las conclusiones más implacables. Sus mentes eran como compresoras de chatarra que se alimentaban de una particular configuración de la realidad para condensarla en una sucesión de teoremas que en esencia demostraban lo mismo: el destino individual de cada persona no puede descansar más que sobre las propias aptitudes. Hipnotizados por lo demostrable, no se dieron cuenta de que en el camino se transformaba la propia concepción de apto. Eran como niños que crean amigos imaginarios para después obedecer a ciegas sus dictados. A través de desarrollos algebraicos indescifrables entronizaron la falta de escrúpulos como virtud máxima. A partir de ahora sobresaldrían los dispuestos a pasar por encima de los demás. Las matemáticas

extinguieron todo vestigio de culpa. Incluso la revirtieron: cuanto mayor fuera la determinación de ser más que los otros, serían también los propios otros los beneficiados. La nueva meta común era que el pastel creciera sin cesar. Hablar de su reparto se convirtió en un anacronismo de mal gusto.

Se partió de la individualización de los servicios, pagados según lo arrojado por el coeficiente. Los departamentos superiores pagaban más, pues ocupaban mayor energía para bombear hasta ahí el agua de la cisterna, el gas recorría más metros por la tubería, estaban menos aquejados por el barullo producido por el trajín cotidiano de los de ahí abajo. El coeficiente contemplaba también el resto de factores ya mencionados, así que en efecto condensaba lo que era cada uno respecto a sus pares. Lejos de desagradarles, el nivel del coeficiente adquirió un símbolo de estatus. Era frecuente ver a vecinos abrir su estado de cuenta frente a los demás, mostrando con altivez una falsa sorpresa ante el exorbitante monto cobrado.

Lo siguiente fue modificar el peso de cada edificio en el agregado. Si unos edificios contaban con gente de mayor valía, lo conducente era que su voto tuviera mayor incidencia. Un modelo matemático demostraba que así se maximizaba el bienestar del conjunto. A pesar de que el procedimiento continuó respetándose, en los hechos un puñado de edificios tomaba las decisiones.

Las reformas de reglamento y percepción eran públicas. Cualquiera podía conocerlas. Paralelamente, se produjo un segundo movimiento, a un nivel subterráneo, conducido a un ritmo de mayor esparcimiento. Selon Perdumes lo llamaba «poesía hipotecaria». Con su pequeña fortuna inicial pudo hacerse de varios departamentos, dispersados estratégicamente por la unidad. Negociaba directo con el propietario. Los inquilinos se enteraban cuando recibían una carta jubilosa que les notificaba dos cosas: lo primero, que Perdumes era el nuevo dueño del inmueble; lo siguiente, que sus vidas estaban por cambiar. Por un módico enganche y una mensualidad irrisoria podían comprar el departamento y no tirar más el dinero a la basura pagando renta. ¿No les alcanzaba para el enganche? También podía financiarse. La carta era una versión escrita de la sonrisa de cal de Selon Perdumes.

Una estampida de inquilinos se precipitó al encuentro de la oportunidad. Con los enganches, Perdumes compró más departamentos, algunos de ellos también a plazos. Por el volumen, pactaba tasas más bajas que las recibidas, así que los iba pagando con las propias mensualidades de los radiantes propietarios. Pasado el tiempo, buena parte de Villa Miserias se adhirió al régimen. Selon Perdumes se regodeaba. Su papel de intermediario multiplicaba su fortuna y, a pesar de que no era dueño de los departamentos, sí de algo sumamente más valioso: las ilusiones de los habitantes de Villa Miserias.

8

Hubo dos edificios que se distinguieron notablemente del resto, por razones muy distintas cada uno. El anhelo de prosperidad producía cada vez más basura. El camión la recogía todas las mañanas, pero aun así se formaba de continuo una nueva acumulación en los oxidados contenedores donde se depositaba. Los inquilinos del edificio contiguo a los contenedores se convencieron de la pestilencia: la olían a todas horas y por doquier. Ni las tasas más ínfimas persuadieron a nadie de adquirir esos departamentos. Consideraban indigno ser propietarios en el que comenzó a ser conocido como el Edificio B. A la primera oportunidad se mudaban a otro. Selon Perdumes decidió entonces cambiar de estrategia.

Los empleados de Villa Miserias solían vivir en abatidas comunidades lejanas. Salían de sus hogares con el sol aún dormido. Volvían cobijados por la cerrazón de la noche. La jornada laboral se extendía con frecuencia, al grado de que en ocasiones los empleados llegaban prácticamente a cenar, tomar una siesta y bañarse para acudir al día siguiente a trabajar. Esta situación era un dolor de cabeza para la administración de la unidad. Los empleados llegaban tarde ante el menor bloqueo vial; eran reacios a quedarse más allá de su turno; se enfermaban constantemente de afecciones nerviosas; los uniformes se percuían a causa de la sudoración ocasionada por el enlatado transporte público. Selon Perdumes irrumpió a media sesión de consejo con una solución.

El Edificio B ya estaba casi vacío. Perdumes había ido reubicando a sus inquilinos; otros pocos se marcharon de la unidad. Con las remodelaciones pertinentes —planteó—, los trabajadores de Villa Miserias podían vivir ahí. Era una situación delicada, así que había que ser cautelosos. También firmes. Para diferenciarlo con claridad del resto, sería pintado de un ocre tenue. Los acabados serían sustituidos por unos de peor gusto y menor calidad.

Quedaba por resolverse lo más complejo: ¿cómo iban a pagarle por vivir ahí? No pensaba ofrecerles el esquema de la compra más que a dos de ellos: Juana Mecha y Joel Taimado, el jefe de los panzas negras, como ahora llamaban todos al equipo de seguridad. Perdumes entregó una copia de su propuesta al consejo, como mero trámite formal para su promulgación.

9

Propuesta para poblar con trabajadores el Edificio B

1. Nuestra unidad acarrea las consecuencias indeseables de la lejanía habitacional de nuestros empleados. Por ello les ofrecemos la oportunidad de arrendar en el llamado Edificio B, una vez se hayan hecho las adecuaciones apropiadas al inmueble, que deberán ser sufragadas por la administración.
2. Nuestra comunidad ha realizado un esfuerzo por romper con concepciones que detienen su ingreso en el futuro. No podemos eximir a los trabajadores de los principios que hoy nos rigen, ni por su propio bien ni por el nuestro: es imperativo que cubran de manera íntegra el costo correspondiente de su nueva vivienda, por razones económicas, éticas y morales.
3. En reconocimiento a la realidad de sus posibilidades se les ofrecerá un esquema mixto que satisfaga las necesidades de ambas partes y permita cubrir la mensualidad hipotecaria de cada inmueble.